



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Friedrich Nietzsche • Benjamín Chávez • Tambor Vargas • Agustín Cueva • Juana de Ibarbourou
Pedro Shimose • Vicente González • Chavela Vargas

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XX n° 502 Oruro, domingo 19 de agosto de 2012

FUNDACION
ZOFRO
CULTURAL



Mujeres creando. Pastel y lápiz 30x30 cm
Erasmo Zarzuela

Proeza

- Al ejercitarnos constantemente en soportar a toda clase de personas, nos ejercitamos inconscientemente en soportarnos a nosotros mismos, lo cual, mirándolo bien, es la más inconcebible proeza del hombre.
- Cuando queremos librarnos de una persona, no tenemos más que empequeñecernos a nosotros mismos ante ella; esto obra de inmediato sobre su vanidad y se aleja.
- Un corazón valiente y alegre requiere, de tanto en tanto, una dosis de peligro, o si no, el mundo se le hace insopportable.

Friedrich Nietzsche en: *Escuela de filósofos* (Denise Despeyroux)



el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquiza@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Omeros

No sé precisar cuándo leí por primera vez *Omeros* del poeta de la isla de Santa Lucía, Derek Walcott. Lo que sí sé es que lo hice en un ejemplar prestado. Se trataba de la única edición en español de la que tengo noticia del monumental poema. La de Anagrama en traducción de José Luis Rivas; 449 páginas de una impecable edición bilingüe en un tomo amarillo con una evocadora imagen en la portada que muestra a una barca de pescadores en la cegadora claridad del mar Caribe.

Algunos años después, me compré el libro en Buenos Aires y, un par de años después lo perdí. Hace poco más de un año volví a encontrarlo en un olvidado rincón de una estupenda librería ubicada en las callejuelas que se entretelen en la parte posterior del mercado de la Boquería en Barcelona.

Entre tanto yo había podido releerlo varias veces, gracias a que en la biblioteca del Centro de Documentación en Artes y Literaturas Latinoamericanas CEDOAL de La Paz, existe un ejemplar que, de hecho, fui yo quien por encargo suyo, lo había traído de la Argentina.

No quiero referirme aquí a ese magistral poema cuya lectura recomiendo con ilimitado entusiasmo, por ser, sin duda alguna, una verdadera obra maestra de la poesía contemporánea. Quiero en cambio algo mucho mejor, compartir las palabras de que autor vertió sobre él en una entrevista que le hizo el gran poeta mexicano David Huerta y que se publicó en la revista *Letras Libres* hace más de diez años.

David Huerta: Hableme de Omeros.

Derek Walcott: Me levantaba en la mañana, como si tuviera que escribir una novela o pintar. Tenía un trabajo. Y eso fue la parte más feliz del libro. Sabía que por mucho tiempo que me llevara, tenía por qué despertarme en la mañana. Finalmente llegué a un diseño, y comencé a sentir el diseño, a sentir que quería un verso que fuera largo como el horizonte, y quería que ese verso se sintiera como, digamos, que si llegara el viento, lo alteraría. No quería la forma del cuarteto, que por el aspecto que tiene sería un bloque; quería un poco más de aire. Le quité un verso para dejar tres, pero entonces el diseño también era la *terza rima*, más o menos. El verso largo, como saben, cruza dos lenguas distintas, pero para nosotros en inglés el verso largo te da más cesuras. Así que al hacerlo lo que sentía era que podía descansar; puedes descansar en medio del verso o parar el verso nada más como en una breve ficción, porque lo puedes retomar. Y pensé: "Está bien. En términos del homenaje, estoy en el Caribe, estoy viviendo en un archipiélago, estoy en la lengua inglesa". Y el paisaje sobre el cual estoy hablando tiene islas, tiene tormentas, tiene todos los elementos de un archipiélago. Mi intención nunca fue traducir a Homero al Caribe. Eso sería un desperdicio de tiempo, porque la cosa sería demasiado literaria. En otras palabras, escribir una épica literaria no era, para mí, algo visionario, era elevar el riesgo. Nadie escribe para elevar el riesgo, a menos que seas un gran poder, a menos que seas un Virgilio, y a menos que el lugar del cual vienes tenga un poder mitico. Entonces puedes ver el destino. Lo puedes hacer porque tienes un país muy grande: el destino de México, el destino de Italia. Porque puedes heredar la condición de poeta épica por la escala y el poder de tu país, porque puedes decir "Yo tengo esa calidad de profecía e historia que tiene una épica estandarizada". ¿Qué poder tiene una isla en América? Ninguno. Así que no tiene un destino épico. Los únicos héroes que podría tener fueron, o son, los que salieron y llegan por el mar, los valientes que salen y hacen lo que hicieron, y en ese sentido no están saliendo a la guerra porque posiblemente van a estar en guerra con la naturaleza, con sus huracanes, y por tanto tienen...

David Huerta: La vastedad del mar.

Derek Walcott: Ésa es la lucha mayor de la épica; la naturaleza del mar. (...) Ésa es la cultura de la que soy, y todo lo que sé en términos de sentimiento, mi educación y las asociaciones que estaban allí, llegaron por este razonamiento: el hecho de que Santa Lucía se llamaba la Helena de los Antílopes Menores, por su belleza. Pero también por el número que cambió de manos en distintas batallas.

Benjamín Chávez

Desde mi rincón

De algunos sajones transilvános

TAMBOR VARGAS

Más de una vez ya he tratado de hacer ver cómo las 'naciones' y 'pueblos' de Europa son bastante más numerosos que sus estados (con bandera y pasaporte); y que un conocimiento real de aquel continente exige un conocimiento de estos pueblos. Uno de ellos es el de los sajones transilvános (*Siebenbürgisch-Sachsen*, según su autodenominación). Como en casi todos los casos europeos, Transilvania cuenta con una historia larga y compleja, fruto de circunstancias variadas y aun contradictorias, de una frecuente conflictividad. En todo caso, conviene saber que, desde la Edad Media, la región donde se instalaron aquellos germanos 'sajones' (en realidad, procedentes de la Renania, Flandes y otras regiones alemanas occidentales) tomó la etiqueta de *Transsylvania* o 'región al otro lado de los bosques'; en cambio los 'sajones' le dieron el nombre de 'Siebenbürgen' o 'septemcastrensis' o 'las siete fortalezas' o 'siete castillos o ciudades' fundadas por aquellos *Saxones* durante los siglos XII-XIII; y añadamos que en los siglos XVI y XVII llegaron y se instalaron en algunos puntos de Transilvania otros germanos disidentes religiosos.

Y a este territorio quiero dedicar estas líneas. Lo haré de la mano de algunos libros que últimamente han atraído mi atención. Los dos primeros tienen en común a Hans Bergel por (co)protagonista; en efecto, ya sea en la biografía que le ha dedicado la germanista Renate Windisch-Middendorf, *Der Mann ohne Vaterland. Hans Bergel – Leben und Werk* (Berlín, Frank & Timme, 2010, 163 p.); ya sea en el epistolario que la misma investigadora ha dado a conocer y que Bergel y Manfred Winkler mantuvieron entre 1994 y 2010 (*Wir setzen das Gespräch fort...*, Berlín, Frank & Timme, 2012, 353 p.).

Bergel (nacido en 1925 en la modesta ciudad de Rosenau (del distrito de Brasov / Kronstadt); pero en quien en 1939 tenía 14 años ya puede suponerse que la guerra mundial no facilitaría una escolarización por caminos trillados; en efecto, la mayor parte la siguió en la ciudad cercana de Sibiu / Hermannstadt. Después, ya bajo dominio comunista, su misma vida no sólo perdió cualquier signo de normalidad, sino que quedó marcada por la más impredecible aventura: ya en 1944 combatió en la guerrilla anticomunista; después, en 1947 y en 1954, pasó por las cárceles del nuevo régimen; y éste no tardó cerrándole las puertas de cualquier estudio universitario; entonces se ganó la vida como informante de servicios secretos occidentales, como pianista de cabaret y, al final, el atletismo profesional (en el que logró no pequeños éxitos internacionales).

Pero la principal de tales 'aventuras' le llegó por donde menos podía esperarse: un relato suyo obtuvo en 1957 un premio y una publicación en el ámbito oficial comunista; su desgracia fue haberla dotado de una ambigua duplicidad de interpretación: si primero logró 'engañar' a los jurados y responsables editoriales, al cabo de cierto tiempo los vigilantes ideológicos del régimen descubrieron su aviesa ambigüedad; y con ello su 'delito' ya era doble: haber echado mano de la inteligencia y haber engañado a los 'representantes del pueblo'. En 1959 fue enjuiciado junto con otros cuatro escritores sajones transilvános (conocido como "proceso del templo negro de Kronstadt"); sobre él cayó una condena de 15 años de trabajos forzados. Ya sabemos qué significaba en concreto ese tipo de pena; y ha sido el propio Bergel quien ha dejado recuerdos escalofriantes de lo que vivió en diferentes regiones del país. A pesar de todo ello, en 1964 pudo beneficiarse de una amnistía que casi vació las cárceles; aunque recuperó su familia, en 1965 logró que se le permitiera emigrar a Alemania y tres años más tarde pudo seguirla, aunque su encarcelamiento acabó costándole la vida matrimonial y familiar.

En Alemania encontró un acomodo relativamente bueno y rápido: de alguna forma combinó en ritmo desigual, por un lado, desde la Radiodifusión de Baviera y su obra ensayística, la denuncia del régimen comunista rumano de Ceausescu; por otro, su propia creación literaria (que resultaría otra forma de lograr lo mismo por los medios de la dicción. Visto a la distancia del tiempo transcurrido, no tardó en transitar por unas posiciones nada conciliadoras, en las que nada más fácil que hacerse de enemigos. Y los tuvo y los sigue teniendo. No olvidemos que la Europa triunfalmente progresista de 1968 jamás dejó de defender la 'rebeldía' antisoviética del dictador Ceausescu. En este sentido, cabe calificar a Bergel de francotirador; pero francotirador que siempre supo contra quiénes debía luchar.

Este Bergel en combate permanente e innegociable lo reencontramos en su epistolario con Manfred Winkler. Se trata de un oriundo de la Bucovina, nacido en 1922 en su capital histórica de Czernowitz (mitificada retrospectivamente con la cultura judía en que crecieron figuras trágicas como las de Paul Celan y muchos otros escritores). Winkler, judío germanófono como la mayoría de los judíos intelectuales de aquella región, perdió a sus padres y a su hermano en la deportación siberiana



de 1940; él en 1946 llegó 'repatriado' a una Rumanía ya sin la Bucovina: en Bucarest, pero sobre todo en Temeschwar / Timisoara logró sobrevivir a la asfixia comunista; pero en 1958 aprovechó la ocasión de dejar el país y al año siguiente se instaló en Israel, donde comenzó una nueva vida.

Bergel y Winkler habían coincidido una sola vez en un hotel de Bucarest; y después intercambiaron algunas cartas; pero sólo en 1994, por iniciativa de Bergel, restablecieron el contacto epistolar entre Alemania e Israel. En el volumen ya mencionado se publican 124 cartas (ligeramente más numerosas las de Winkler que las de Bergel. En realidad se trata, no sólo de una selección entre las escritas (p. 10), sino que también se prescinde de párrafos en las seleccionadas (cf. por ejemplo pp. 23, 27, 41, 45, 52, 78, 79, 84...); pero nos quedamos sin saber a qué criterios han obedecido una y otra operación.

Del interés de esta correspondencia puede afirmarse que supera la medianía, aunque es obvio que no siempre puede mantener un nivel de excelencia: la serie de pasajes más o menos extensos en que se abordan problemas mundiales, locales rumanos, israelíes, alemanes, europeos; o en los que se adentran en las tragedias vividas en carne propia, ofrecen el núcleo duro del volumen y el que le da una consistencia enviable. Como no podía ser otra forma, cada uno de los dos participantes lo hace dentro del marco de su personalidad y con las 'ideas fijas' que lo vivido ha dejado impreso en su alma. Acá y allá, uno u otro, se rebela contra cualquier intento de

'relativizar' las tragedias del siglo XX; con ello parecen querer negar, no sólo su relativización, sino incluso su ambigüedad. Y como cabía ya esperar, esto se hace más visible en Winkler que en Bergel; y esto no podría sorprender, pues que al hacerlo Winkler, no sólo manifiesta una posición típica judía, sino que hace visible aquella íntima necesidad 'judía' de cerrar el paso a cualquier claroscuro en la forma de enfrentarse a la Historia. Más cerca en el tiempo, uno y otro se indigna e insurge contra los intelectuales pro-comunistas. Y por supuesto que en sus cartas se hace presente con frecuencia sus aficiones y criterios literarios, desplegando sólidos conocimientos.

Dejando de lado puntos perfectamente discutibles, el intercambio de perspectivas, enfoques, valoraciones y juicios que aflora al filo de este carteo constituye con frecuencia un goce de alto nivel y en él se hacen visibles los puntos fuertes de dos representantes de la cultura centroeuropea interbelica. Y en este mismo sentido queda perfectamente justificada su publicación. La anotación de Windisch-Middendorf suele ser cerceta y iluminadora, dentro de su sobriedad predominante.

Y acabaré este viaje imaginario con un curioso volumen de otro sajón transilvano: Ingmar Brantsch nació en Kronstadt 1940, por lo que pertenece a una generación; pudo estudiar germanística y otras especialidades en la Universidad de Bucarest. Luego ejerció la enseñanza, además de hacer sus primeros pinitos en la producción literaria; pero en 1970 dejó su tierra y desde entonces vive en Alemania, también como profesor de secundaria en Colonia (hasta su jubilación en 2007) y escritor. El título de la obra que tengo de él reza: *Inkorrektes ueber die Political Correctness. Aphorismen und Essays* (Vechte- Langfuorden, Geest Verlag, 2009, 204 p.).

La mayor parte del libro se compone de 'aforismos' (concepto que, a la vista de los aforismos de Brantsch admite una amplia gama de equivalentes: sentencia, máxima, dicho, pensamiento, fórmula...); he aquí algunos ejemplos:

- 1) "Romanticismo acerado. Romanticismo acerado significa amar a una virgen de hierro" (p. 25)
- 2) "Loa del diálogo. Si nos tratamos por cien años, todos nos entendemos" (p. 31)
- 3) "Título acertado para la autobiografía de una disidente del bloque oriental: Martíño con buen ojo" (p. 54)
- 4) "Exactitud germanica. A las 19 horas, la película 'El grito mudo'. Versión original con subtítulos" (p. 109)
- 5) "Globalización en Rumania. De la Securitate a la Security" (p. 138)

He escogido sólo entre los breves y concentrados, pero los hay de variada estructura. Quizás el secreto del buen aforista consiste en poseer un registro-variado, no sólo de formas, sino sobre todo de perspectivas. Caso contrario acaba cansando; no sólo cansando, sino con la pólvora mojada. Que es tanto como provocar desconfianza. Servidumbres del género...

Desde Bolivia hay, con todo, un comentario ineludible: ¿por qué nos faltan aforistas de temple? Porque es muy baja la tolerancia a sus dardos. Todos andamos como puerco espines por la vida. Y ahora, es fácil criminalizar el sentido del humor que nos cae chancho: ¡para esto hay una "Ley contra el racismo y toda forma de discriminación", pues!



El mundo alucinante de Pablo Palacio

El sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva (1937) aborda desde "Lecturas y rupturas" el controvertido estilo de Pablo Palacio (Ecuador, 1906 – 1947), uno de los fundadores de la Vanguardia en América Latina

En enero de 1927, un joven provinciano de apenas 21 años, sorprendía a los medios literarios de su país, el Ecuador, con la publicación de un conjunto de relatos titulados *Un hombre muerto a puntapiés*. Libro poblado de pesadillas y de monstruos, no se lo podía tomar, sin embargo, como un simple muestrario de seres y situaciones excepcionales. Por entre los vericuetos de la anécdota a veces estrambótica, se deslizaba una especie de punzante escalofrío, de terror glacial ante algo que se erguía como una frontera cercana y amenazante de lo humano. Podía tratarse, como en el caso del primer relato, de la historia trivial de un homosexual muerto a golpes en las calles de Guayaquil, mas era imposible ignorar que tras ese *faire divers* se escondía el fantasma de una muerte universal, escandalosa y fascinante. O bien ser la descripción de brujerías convencionales como la de convertir al hombre perro: subsistía, no obstante, el horror a *esos perros esmirriados, huesudos, que tienen prendido en una pupila un destello humano y trágico*.

Por si esto fuera poco, hasta los objetos inanimados adquirían en este libro una presencia espectral e implacable:

Mi instalación fue de las más difíciles. Necesito una cantidad enorme de muebles especiales. Pero de todo lo que tengo, lo que más me impresionan son las sillas, que tienen algo de inerte y de humano, anchas, sin respaldo porque soy respaldo de mí misma, y que deben servir por uno y otro lado. Me impresionan porque yo formo parte del objeto 'silla'; cuando estoy vacía, cuando no estoy en ella, nadie que la vea puede formarse una idea perfecta del mueblecito aquél, ancho, alargado, con brazos opuestos, y que parece que le faltara algo. Ese algo soy yo...

Meses más tarde, en octubre de 1927, el mismo Pablo Palacio arrojó de sí otra criatura singular: la novela *Débora*, por cuyas páginas lacónicas deambulan personajes fantasmagóicos, aunque cotidianos, habitantes de una geografía conocida, pero no por ello menos hostil. No se trata esta vez de una jungla teratológica como la de su primer libro, sino más bien de un paisaje desértico e inhumano, sin cabida para la ternura ni para la alegría, ni siquiera para el llanto. La propia infancia se presentaba como una experiencia primaria de deshumanización:

Sobre todo emocionan los niños, arrojados como trapos; dormidos, con la piel sucia al aire. Candidatos, candidatos. Hijo de la habitación trajinada; hija de la agencia humana: tu madre se echará a la calle. Serás ladrón o prostituta. De hambre te roerás tus propias carnes. Algun día te acorralará la rabia y, no teniendo cosa más brutal que hacer, vomitarás sobre el mundo tus desechos. Estará bien que devuelvas el préstamo usurario, deyección de una deyección, que es como el monto en las operaciones de contabilidad. Después dirán: amor, bondad. ¿Qué amor? ¿Qué bondad?

En efecto, el amor se frustra y degrada en cada página de *Débora*, mientras el futuro no es más que la vaga añoranza de una novela en que hubiese luna de miel o, después una gran tragedia, dulce y pacífico capítulo.

Libro antirromántico, se ha dicho y claro que lo es. Pero en él hay algo más terrible aun que la desmitificación sentimental

no tardó, pues, en desencadenarse. ¿Qué tenían que hacer entre nosotros estas historias de seres recluidos en el claustro asfixiante de su yo? ¿Qué estos personajes apátidas y esperpénticos, en una sociedad de indios, cholos y mulatos de inconfundible identidad? Además, y como, lo subrayara entonces Joaquín Gallegos Lara en un agresivo artículo, Pablo Palacio acababa de disparar *contra todos y contra sí mismo*. Surgida tanto de la angustia personal como de la desesperación de la vieja sociedad en trance de descomposición, esta *Vida del ahorcado* parecía, en realidad, alzarse contra todo y contra todos. Proyectil y boomerang a la vez, se la identificó inmediatamente como un acto gratuito de terror.

No se dejó, sin embargo, de reconocer la inteligencia del autor y su gran poder de creación. Tampoco cabía negar que su literatura antiemocional, anti intelectual y no comprometida encerraba un mensaje sobrecogedor. Se terminó por catalogarla como un caso marginal, si es que no clínico, dentro de nuestra cultura. Y en cierta medida lo es. Sólo que *l'affaire Palacio* se mostraba tanto más desconcertante, cuanto que el autor de esas historias *extrañas al país y a la realidad* era nada menos que un fervoroso militante del Partido Socialista del Ecuador.

La locura en que pocos años después zozobró Pablo Palacio vino a cerrar este capítulo de la polémica. Los ánimos se serenaron, la tranquilidad volvió a los círculos literarios, ahora que todo quedaba explicado.

La obra de Palacio fue, por eso mismo, condenada al olvido. Sólo a comienzos de la década del 60, con el advento de una nueva generación y una nueva sensibilidad, se pensó en reeditarla. Fue Jorge Enrique Adoum quien impulsó la publicación de las *Obras completas*, que aparecieron finalmente en 1964, editadas por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Pero el hecho tuvo, por razones que no es del caso analizar aquí, escasa resonancia.

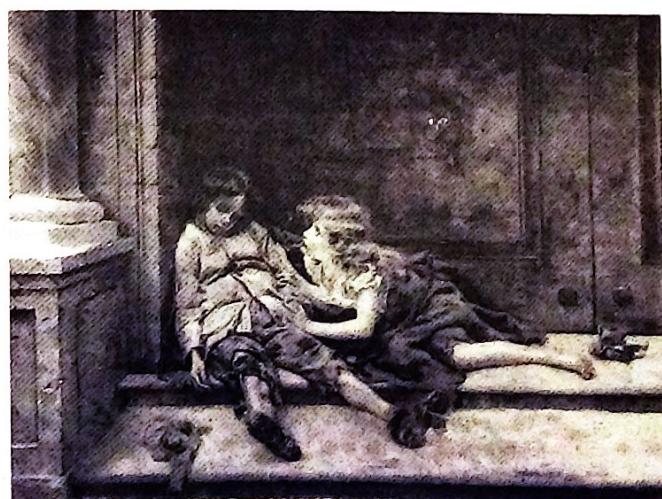
Ello no obstante, un número cada vez más importante de lectores, sobre todo jóvenes, han comenzado a redescubrir la profundidad y modernidad increíbles del olvidado autor ecuatoriano. Intentan seriamente una revaluación y merecidamente rescatar de esta obra, a veces hermética, siempre taciturna y alucinada, en la que una lectura atenta encuentra presentes muchas de las obsesiones y angustias contemporáneas.



de la realidad. Es el absurdo de ésta, la abolición de sus reliquias y sentidos. Si en *Un hombre muerto a puntapiés* el lector encontraba todavía un asidero anecdótico, una cierta razón de ser en la continuidad de los acontecimientos, en *Débora* todo ello desaparece: subsiste una secuencia de instantes absolutos y actos ilegítimales, unidos por la sola lógica del espanto o la desolación.

Hubo que esperar cinco años para que Pablo Palacio, que entretanto había concluido sus estudios superiores y convertido ya en profesional y profesor, publicara una nueva obra. Fue su *Vida del ahorcado*, que llevaba el desafinante subtítulo de *novela subjetiva* y plasmaba obsesiones similares a las de sus obras anteriores, aunque con diferentes símbolos.

Subtítulo desafinante, decímos, porque esta última producción de Palacio aparece en 1932, justo en el momento en que nuestra literatura se enrumaba decididamente por el camino, bien conocido en toda América, del realismo social. La controversia



Lengua de diamante

Juana de Ibarbourou (Juana Fernández Morales) conocida mejor como Juana de América, (Uruguay, 1892 - 1979), tuvo una prolífica producción literaria. A continuación una muestra de su prosa poética



El cántaro fresco



Han traído para el almuerzo un ventrudo recipiente de barro lleno de agua recién sacada del pozo. Y es ésta tan fría que, rezumando por todos los poros del cántaro, ha cubierto la rojiza superficie de un fresco manto húmedo. A trechos, el vapor acusoso es más espeso y forma gotas gruesas que caen sobre el mantel blanco. En el comedor reina una penumbra dulce. Por una rendija del postigo entra, tendiéndose de la parte superior de la ventana hasta el piso del centro de la habitación, como una tirante cinta amarilla, un rayo de sol que, en el suelo se concentra simulando un ovillo de hilo dorado. A veces, al mover un ligero soplo de brisa la cortina, el redondel de sol se mueve también, y Titánio, el pequeño terranova que hace rato lo observa, salta sobre él. Y ladra al ver que lo que él quizás supone un extraño insecto, se trepa como una mariposa burlona a su pata peluda. De la cocina llega ruido de loza: del patio un chirriar confuso de cigarras. En espera del almuerzo empieza a invadirmi la modorra de este cálido mediodía de diciembre. Mi hijo con esa sana hambruna de los seis años, pellizca un trozo de pan, sentado ya en su sillita, junto a la mesa, esperando la llegada del padre. Mis agujas de tejer, la labor, el ovillo, han resbalado poco a poco de mi falda a la estera. Yo apoyo mi mejilla en la fresa superficie húmeda del cántaro. Y esta fácil y sencilla felicidad me basta para llenar la hora presente.

Caín

Conmigo nacieron la avaricia, la envidia, el odio y el crimen. No supe comprender el don divino y paternal de la vida en una naturaleza florecida y piadosa en la que todo se daba generosamente, como una comprensión del paraíso perdido, tan próximo todavía que más de una vez encontré sus violetas maravillosas en los ojos de mi madre. Porque mi alma, libre, se entregó a las pasiones que inspira el espíritu réprobo; porque mi ofrenda al Omnipotente no era limpia y franca; porque amaba con ceguera los frutos de mi campo, el Señor se sintió atraido y me mostró su enojo. Descargué sobre Abel la cólera secreta e impotente que me rosa en silencio. Abel era esbelto y dulce, con el corazón puro. Sus párpados abrochados para siempre, su boca sin aliento, su tez descolorida, su pulso en definitivo reposo, me hacían tanta falta como el aire y la luz. No podía dormir de ansia, imaginándome así. Cuando lo contemplé en esa forma fui dichoso como quizás nadie lo sea más en la vida. ¡Minuto deslumbrador, embriaguez para la que no se podría encontrar un nombre, plenitud del goce del odio! La fuga, el esfuerzo, el grito de Dios horadando mi sueño, el ojo del muerto persiguiéndome en luz y tinieblas, fueron el sufrimiento destilado gota a gota, cauce de hilada corriente interminable en el que tenía que beber todas las horas y que al fin se me hizo familiar. Aquello otro fue el júbilo llevándome como un torrente que arrastra un tallo menudo o como un huracán que toma la penasilla de un cardo y la hace girar enloquecidamente. Atormentado y maldecido me multipliqué, sin embargo, igual que la cizaña. Y por el mundo andu crecida mi raza, la que besa al enemigo el amigo al enemigo, la que asalta al hermano con saña de pantera, la que, empeorándose con los siglos, ya no siente como un terrible castigo el anatema de Jehová ni se turba por que un ojo que lo acusa se le enfrente todas las noches en el sueño. Desde el círculo de helada sombra donde giro expiando mi eterno delito, mis manos retorcidas arrancan constantemente, con la desesperación del que sabe que espera lo imposible, puñados ardientes de mis propios cabellos erizados.

La mariposa

Una mariposita pequeña y amarilla ha venido a revolotear en torno de la luz. ¡Qué giros locos, qué círculos precipitados y continuos!

—¿De dónde vienes, pequeñita? —Has estado acaso en aquel bosque rumoroso que yo recorrala encantada y sin miedo cuando era niña? Bebiste tal vez una minúscula gota de agua en aquella laguna todo bordeada de juncos y de mimbres, que hay cereza del bosque de que te hablo? Has dormido alguna noche en una matita de verbena? —Conoces muchos caminos? —Has visto algún trigo? —Has curioseado en muchos ramales? —Ese polvo amarillo que te cubre, es polen de achiras, de achiras silvestres? —Oh pequeñita, yo juraría que tienes olor a campo en las alas.

Los grillos

Mi hijo ha cazado un grillo y viene a traérmelo porque alguien le ha dicho que, guardándolo bajo una copa de cristal, recibiremos una alegría. —Una alegría? Entonces, pequeño mago chillón y negro, llévame con mi niño a aquel sendero que yo cruzaba todas las tardes cuando volvía de la escuela a mi casa. Muchos grillos cantaban entre los pastos del ribazo y yo hacia el camino abstraída y encantada, con una inconsciente y honda poesía en el corazón. Siempre he amado a los grillos y siempre, desde entonces, cuando en las noches de enero los oigo cantar, siento una tristeza, una tristeza...

Los parrales

—Qué bonita es, en verano, la sombra de los parrales! Tiene una tonalidad verdosa, como de agua, que hace pensar en el riego de un río. Y es tan compacta que sólo a ratos, cuando un soplo de viento separa un poco las hojas, deja caer al suelo, como perdida, una temblorosa moneda de sol. —Cómo me gustaba a mí pasar las siestas tendida en una mecedora, bajo el viejo parral de mi casa paterna!

Entonces aun no hacía versos, pero ya la poesía aleteaba, como una mariposa inquieta, dentro de mi corazón. Y despierta, con los ojos semicerrados soñaba las cosas más absurdas y más dulces. ¡Ay! Aunque ahora vuelva a tener una casa con un patio techado por un parral muy grande, ya no volveré a soñar como entonces.

Tubalcain

La fragua me templó las fuerzas y la piel haciéndome duro y moreno como una columna férrea. Soy el padre de las hererías, el que creó el himno de los metales hinándolos con su martillo pesado cual una maza. En mi tienda y las tiendas de mis hijos, la alegría del fuego nacía con el alba y se dormía con el sol. Yo forjé mi escudilla y mi espada, mi altar y mi hacha. Conozco los matices del cobre como si fueran los de la mejilla de una mujer joven y amada. Sé todos los secretos de la plata y el bronce —fria agua, dorada luz— y con el acero sería capaz de hacer desde un curro de guerra hasta el blando rizo de un niño. Jehová me dio la artesanía como a otros les da la profecía o el cantar. Mi ángel no es dulce ni rubio. Se sienta en el yunque, lo ha tostado la llama y entona las alabanzas de Dios entre las chispas que saltan del metal enrojecido y golpeado. Yo le doy gracias al Creador porque me hizo hercúleo, activo y hábil, maestro de los que trabajan el hierro y lo tornan ligero como un encaje. Yo le doy gracias al Señor que no me modeló suave ni contemplativo, sino que me hizo como un gigante dominador de los útiles materiales sonoros que han hecho alianza con el hombre.



Pedro Shimose

Pedro Shimose. Riberalta, 1940. Académico de la Lengua, poeta, narrador, ensayista, periodista, dibujante, compositor de música, crítico de artes plásticas y cine. En poesía, ha publicado: *Triludio en el exilio* (1961), *Sardonia* (1967), *Poemas para pueblo* (1968), *Quiero escribir, pero me sale espuma* (1972), *Caducidad del fuego* (1975), *Al pie de la letra* (1976), *Reflexiones maquiavélicas* (1980), *Bolero de caballería* (1985), *Poemas* (1988), *Riberalta y otros poemas* (1996), *No te lo vas a creer* (2000), *De naufragios y sonámbulos* (Antología, 2009). También es autor de *El Coco se llama Drilo* (relatos, 1976); *Diccionario de autores iberoamericanos* (1982); *Historia de la literatura latinoamericana* (1989) y *Poetas del Oriente boliviano* (Antología, 2010). Reside en Madrid desde 1971.



Moxitania

India vegetal tallada en esmeralda,
cuando la noche sacudió sus alas
y las estrellas cayeron en tus cuencas,
en tus ojos se miraron la selva antes de ser selva,
la pradera antes de ser pradera
y el río cuando no era más que una gota
suspensionada en el aire.

Antes de la luz y después de los crepúsculos,
jaguares afilaban su rugido en las cachuelas;
antes del fruto y después de la semilla,
despertaba la flor junto al lago dormido;
antes del silencio y después del silencio,
la garza corregía su vuelo melancólico;
antes de conocerte
yo te amaba con mi corazón hecho de luna.

Pero Dios te hizo leyenda
para que el hombre te soñara
y el hombre te soñó desnuda de aguaceros,
olorosa a molienda y madrugada, amanecida
con el pelo suelto en el incendio de los pajones.

Ahora que estoy lejos del instante en que te conocí,
lejos del fuego que ignoraba el metal
y lejos del metal que ignoraba la flecha
de chonta y canoa,
recuerdo tu rostro de otro tiempo,
antes de la almendra como almendra
y después del ambaibo como ambaibo.

Hija del viento que deja su apellido en cada rosa,
pese a que el tiempo te redujo a escritura,
pese a que la orquídea
te cambió por otra ciudad sin flores y sin pájaros,
pese a que el árbol se murió de pura tristeza,
pese a todo,
¡cómo te sigue amando mi corazón lleno de cielo!

Riberalta

Me han cambiado el país, pero tú sigues intacta.
Cuando vuelvo a ti, converso con mis muertos
y mi amor siempre sale ganando.
No hay nada más lindo
que contemplar tus crepúsculos,
soñar sueños que soñaron nuestros padres,
circular por el color violeta del aire anochecido
y terminar echándote de menos;
renacer en tu fragancia húmeda,
buscándome en la niebla
de los arroyos más recónditos,
lejos de mí mismo,
en los ríos y curichis,
en el naufragio de la isla que descubrimos juntos
cuando tus barcos de vapor recorrían mi infancia.

No quiero ser la herida que llora en el siringo
ni acabarme en esta almendra amarga,
en este estruendo de árbol derribado,
dolor de cielo oscurecido entre relámpagos y truenos.

Llueve

Llueve y combato esta dulce costumbre en las hamacas.

Llueve
y me pierdo en borracheras que no acaban nunca,
allá donde mi madre sigue, la pobre,
regando sus petunias.

Llueve
y mis amigos cantan a la vida que se va,
mientras los peladitos corren por la calle
detrás de una pelota.

Llueve
y llueve sin parar, afuera,
lejos,
en un paisaje con canoas que bogan río abajo.
Hasta el arco iris sigue lloviendo en mí.

¿Qué es el exilio?

Es mirar que el polvo y la ceniza
caen sobre nuestros ojos y una bruma
lenta se eleva entre tú y el pasado;
es saber cómo se llama la tristeza
y no atrevernos a nombrarla;
es decir: *no me acuerdo del vestido que llevabas*
la noche que nos amamos bajo un limonero;
es guardar para otro día la risa que trafas bajo el brazo;
es dolerte los recuerdos en los bolsillos
de tu vieja chaqueta;
es vivir tu muerte a media voz,
ahogándose en un grito sofocado,
lejos, muy lejos de ti mismo,
rogando que tu patria no se acabe nunca,
pidiendo a tus amigos
que te protejan del olvido,
que te digan que volverás un día
y que ese día está a la vuelta de la esquina;
es encontrar un compañero
y quererlo como si fuera tu propio hermano;
es encontrar a un viejo amigo
que te tiende su mano y te hospeda en su casa;
es luchar contra el tiempo
cuando el amor se aleja como un buque fantasma
y tú no puedes sino llorar el bien perdido.

Inflorescencia en Corimbo

Antlope
de fuego:
llévame
por la llanura malva,
traspasado de lluvias silenciosas.
Derrámame
en la flor del chocolate,
en el guapurú y su llama oscura,
en el sueño de la tierra.
Arde
mi soledad en el tallo de la noche.
¡Ven!

Breve historia de la escritura

El escritor investigador, miembro de la Academia de Ciencias Jurídicas, Vicente González Aramayo Zuleta (Oruro, 1932) aborda en este estudio la evolución de la escritura y su importancia en la historia humana

Segunda y última parte

La escritura cuneiforme está representada por figuras generalmente parecidas a animales pequeños como peces, objetos de diversas formas, estrellas, conos y otras. Ahora bien, ¿cómo escribían? Eso vamos a ver. Como ejemplo, anotaré textualmente lo que describe el *Libro Life-Time*:

"Imaginemos en el año 1700 antes de nuestra era. Nos encontramos en una anónima ciudad situada a orillas del río Éfrates, en el sur de Mesopotamia, región que actualmente forma parte de Irak. En la plaza del mercado está sentado un escriba. En una mano tiene una tabletta de arcilla húmeda, y en la otra un estilete puntiagudo hecho cortando una caña. A su lado se halla un comerciante llamado Nanni que envía una carta a Ea-Nasir, socio suyo en la lejana ciudad de Ur. Nanni, sentado de cuclillas y balanceándose hacia adelante y hacia atrás dicta al escriba sus quejas contra sus socios por un asunto de unos lingotes de cobre defectuosos.

No has cumplido lo que me prometiste, se lamenta. *Le entregaste unos lingotes defectuosos a mi empleado y le diste: "¡Si los quieres, tómalo, si no, lárgate!"*. Nanni espera a que el escriba grave en la arcilla los pequeños grupos de signos en forma de cuña que registran su queja y luego continúa: *¿Por quién me tomas para tratar así a una persona de mi rango? He enviado como mensajeros a personas tan importantes como nosotros mismos para que reclamen mi dinero, pero tú me has menospreciado despachándolos con las manos vacías.*

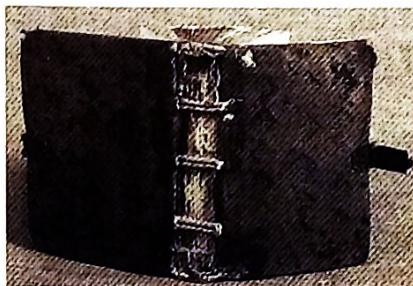
Nanni continúa en ese tono mientras el escriba anota sus airadas palabras. Por fin concluye: *Ten en cuenta que, a partir de ahora, ya no aceptaré cobre tuyo que no sea de buena calidad. En adelante yo mismo inspeccionaré los lingotes uno por uno y ejerceré mi derecho a rechazarlos, porque tú me has menospreciado.*

El escriba, una vez terminada la carta se la entrega al comerciante que, en las horas en que su almacén está abierto, se pasa por allí cuando quiera para percibir sus honorarios: una medida de cebada. Nanni se dirige luego a su oficina, donde deposita la carta sobre un anaquel para que se seque. Mañana se la confiará que navegará por el río hasta Ur, a unos 300 kilómetros del Golfo Pérsico, en una semana o dos, la carta llegará a su destinatario y éste finalmente pagará la suma demandada, o la contestará en el mismo tono indignado, o tal vez no se dé por enterado, como ya había hecho en otras ocasiones.

En cuanto a la carta, probablemente es colocada en los archivos comerciales, más tarde la arrojarán a una escombrera donde quedará enterrada bajo los desechos que se acumularán a lo largo de los siglos.(8)

Como podrá apreciarse, el comercio en aquellos tiempos tenía los mismos parámetros de siempre, y fue así a través de los tiempos. La tablilla de arcilla con la carta aún legible, ha sido encontrada en Ur, durante las excavaciones de principios del siglo XX. Estaba escrita en Cuneiforme, es decir en forma de cuñas, (palabra latina), y sostiene la misma fuente que esta escritura desciende del sistema de escritura pictográfica, probablemente de origen sumerio y del año 3100 antes de la era cristiana, y ha llegado en nuestro siglo pasado a poder del profesor asirólogo de la Universidad de Chicago, quien comprendió el contenido de la misma.(9)

Como refiere la misma fuente, la escritura de Nanni, ha perdido por tanto tiempo y este valioso documento arqueológico, resulta punto de partida del desarrollo de la cultura humana, una verdadera revolución, como la agricultura y el descubrimiento de fuego. Todo ello, pero sobre todo la escritura, ha permitido la relación de los hombres y los pueblos del mundo.



Los antiguos chinos consideraron a la escritura como signos que les permitían comunicarse con sus ancestros y divinidades. Los filósofos han definido también la escritura en varias épocas. Aristóteles dice que la escritura constituye *símbolo de las palabras habladas*, y el teórico de la Revolución Francesa, Voltaire, afirmó: *La escritura es la pintura de la voz*. Los lingüistas modernos califican la escritura como *un sistema de comunicación humana por medio de signos establecidos convencionalmente y que representan un lenguaje*.(10)

Como ya hemos visto, la escritura hasta llegar a Nanni, por ejemplo, ha tenido un largo proceso de perfeccionamiento. El hombre primero tuvo que descubrir que tenía voz, que podía hablar, pero cuando hablaba con algunos de su grupo, tenía necesariamente que hacer señas, mostrar figuras que se forman en las nubes, en los cerros, en las plantas, en el agua; el mismo sol y la luna debieron ser el principio de una letra futura; las manos también debieron jugar un rol en las expresiones del qué trasmisir y qué recibir, o cuando ya hablaron, pudieron hacerse entender con rasgos más propios y luego dibujos, como hemos de ver luego con los aztecas de América.

Todos los pueblos del mundo desarrollaron el lenguaje, la escritura y el idioma. La estructura gramatical es semejante, aunque no igual en todos, solo difieren los caracteres. Como ejemplo, adoptaron la escritura latina muchos países como Italia, España, Rumanía, Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania... en suma, la escritura que podemos leer aun cuando no entendamos qué dice. Estos países escriben con caracteres latinos porque emergieron del dominio de Roma. Sin embargo, los países asiáticos, africanos y americanos tienen diferentes caracteres, aun entre ellos.

Se dice que los incas no tuvieron escritura, sin embargo desarrollaron gran cultura en arte, ciencia, derecho, matemáticas, geometría, economía, ingeniería y arquitectura. Los europeos de todas las épocas han observado y estudiado los *quipus*. Se ha establecido que tenían una forma de aritmética para mantener su contabilidad en sus productos agropecuarios. Nudos seguidos en los hilos sin cantidades con números, los intervalos son los ceros. No obstante, existe otra forma de *quipus*, de nudos poco más grandes y más gruesos, alternativamente medios y pequeños. De colores variados. Se supone que éstos pueden ser una forma de escritura.

Con absoluta seguridad, los aztecas tenían escritura y la practicaban los dibujantes. Es de este modo cómo Moctezuma se enteró del desembarco de los españoles en Tabasco. A través de los dibujos del mensajero vio hombres barbudos con y animales extraños. Los mayas tuvieron es-

critura de tipo jeroglífico y la plasmaron en hojas de árboles. Los curas españoles, suponiendo que los mayas eran sub-humanos y no podrían haber conocido la escritura, creyendo más bien que fuera obra del demonio, quemaron sus invenciones. Sólo se salvó una obra para la posteridad: el *Popol Vuh*.

El libro. La cristalización de la escritura es el libro. Es la espalda del pensamiento. En el *Libro* el hombre ha depositado su cosecha cultural de todos los tiempos. A través de él se ha producido el desarrollo humano. Todos los pueblos han escrito, primordialmente sus leyes, sus códigos. Más tarde su historia y ulteriormente las formas literarias. Hay libros antiguos que cantan y rezan las costumbres y necesidades de sus pueblos. Así, el Hammurabi de Babilonia, el Libro de los Muertos de Egipto. En España, en La biblioteca del Monasterio de El Escorial, pude ver en 1981 el *Código de Oro*, escrito con 8 kilos de pan de oro, Misal de Isabel la Católica, hasta con sus huellas del mucho manejo por la reina; ediciones antiguas sobre obras de Homero, Virgilio, Dante, Plutarco, Julio César, Solivio e historiadores y jurisconsultos romanos, Don Quijote, La Araucana de Ercilla, en fin... pare de contar; solo esa biblioteca sería comparable a un bosque tupido e impenetrable. (Cuando visité por segunda vez el Escorial, la biblioteca ya no estaba a disposición del público, la habían archivado).

Hasta la invención de la imprenta de tipos móviles por Gutenberg, en Maguncia en el año de 1436, sólo los adinerados podían tener una biblioteca de 20 libros. Todos, voluminosos, escritos a mano sobre pergamino, luego sobre papel cuando éste se inventó (año 100 d. C.). Los libros impresos desde Gutenberg hasta el año 1500 se denominan "Incunable", y su precio ahora varía entre 1 y 60 millones de dólares. Se ha sabido que se dan subastas con esos precios. Se sabe también que ha habido gente que ha tenido por lo menos uno de estos incunables, pero nunca lo supieron, por eso mismo los perdieron. En la biblioteca de la Universidad de Oruro había dos incunables: se perdieron en el golpe de estudio de Banzer. Un amigo comentó: *pero no se robaron los militares, ellos no saben de incunables...*

Ahora hay miles de millones de libros y grandes bibliotecas en universidades, institutos, instituciones y en poder de particulares. Asimismo, grandes librerías como la de Foyle en Inglaterra, allí hay –dice una revista– *...libros por libras y por toneladas*. En su techo, durante la segunda guerra mundial colocó cientos de ejemplares de *Mein Kampf* de Hitler, durante los bombardeos alemanes. En Bolivia tenemos grandes literatos como Tamayo, Augusto Céspedes, René Moreno, Nataniel Aguirre, Taboada Terán, y muchos más, que la brevedad por su apego a la lectura han reivindicado la importancia del libro. Me permito recomendar la lectura de la obra *Elogio del Libro* de Gustavo Adolfo Otero.

Un sabio adagio dice: Los libros son instrumentos mudos que les hablan a los sordos.

Notas

8, 9 y 10 - LIFE-TIME, USA.

Fin

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Chavela Vargas

Hace poco, en Cuernavaca, México, murió la gran Chavela Vargas, una de las cantantes mayores de la historia de la música de nuestro continente. A modo de sentido homenaje a esta mujer que nos enseñó tanto, *El Duende* reproduce un fragmento del último capítulo de su autobiografía titulada *Y si quieras saber de mi pasado*, en el que habla de Catrina que, en buen mexicano, es la muerte.

Los amigos se enfadarán conmigo aquí. Cada vez que nombro a Catrina, a la pelona, cambian de conversación, miran hacia otro lado, o me dicen que coqueteo con las enfermedades, o cualquier otro cariño:

—La pelona quiere que sigas cantando —me dice Joaquín.

—No —me grita Elena—, de eso no hables. Tú hablas de eso con mucha ligereza y a mí no me gusta. Ya lo sabes.

O el médico. Es un médico con mucho prestigio en México, no quiere quedar mal.

—Doctor, estoy más que harta. Quiero irme.

—Usted no se va a ninguna parte. Usted se queda aquí porque usted es Patrimonio Nacional y tiene que quedarse aquí.

—Bueno —le contesto—. Estú bien. Vamos a apostar a ver si me voy o me quedo.

En fin, son jóvenes. Tienen toda la vida por delante. Y creen que me da miedo la muerte. Lo diré ahora y ya no lo repetiré en adelante: no me da miedo al muerte; me aterra el dolor y me pesan los recuerdos. No sé cuántas veces les he asegurado, amigos del alma, que no es la muerte la que mata, sino los recuerdos. No hace mucho que murió un personaje muy importante en España, un escritor, creo, y vi en la televisión que decía: *¿Miedo a la muerte? No, en absoluto. Es una vulgaridad. Todo el mundo se muere; lo lleva haciendo la gente desde el principio de la Humanidad*. Es una forma de afrontarlo, desde luego. Cuando hablábamos Joaquín Sibina y yo, hace unos meses, le dije:

—La verdad, Joaquinito, me da coraje. Voy a morir como sánta. No tiene ningún chiste, no va conmigo. Ése no es mi estilo. Yo debería morir sentada en una cantina, recordando mis años pasados. A todo el mundo se le cae el pelo, todo el mundo se volteá a ver cuándo yo voy a beber otra vez. Yo no sé por qué les da tanto miedo.

Además, muy a menudo olvidan mis amigos españoles que yo vengo de América. Vengo de México, y en México la Catrina es casi una amiga. *¿En qué quedamos, pelona? ¿Me llevas o no me llevas?* Eso le preguntaba el borracho a la Catrina, cuando decían que se iba la muerte cantando por todas las cantinas. Pues eso le voy a decir yo: *Si quieras nos vamos: déme usted la mano, señora, y nos vamos*. Cuando



estemos tomando tequila y chacoteándonos de todo. La Catrina es una señora muy elegante... siempre va muy bien arreglada.

En México —disculpen los mexicanos, pero lo tendré que recordar porque mis amigos de España tienen esa cosa trágica con la muerte...—, en México, digo, la muerte es un juego, un juguete. ¿Es que no han visto que hacemos figuras en papel con calaveras? ¿Es que no han visto que hacemos dulces y pasteles con la imagen de la muerte? Pues han de



saber que el Día de los Difuntos es una fecha muy especial en México y que es muy divertido. Si hasta los velorios son como fiestas. Les contaré algo que tal vez no conocían.

Cuando yo vivía con Diego de Rivera y Frida Kahlo, el maestro me dijo un día que teníamos que visitar el cementerio

de Janitzio en la isla de Pátzcuaro. Está en Michoacán. Es el cementerio más hermoso del mundo, frente al lago. Allí van las gentes y, durante la noche, pueden verse cincuenta mil luces encendidas. Es un espectáculo que apenas puede describirse. Los deudos llevan flores, pero sobre todo llevan comida y bebida. Como los muertos no pueden con tanta cantidad de tequila y dulces y frutas, los vivos dan buena cuenta de ello.

—No, manito, si se lo comen los muertos...

Se lo comen los vivos. Últimamente he sabido que aquella zona se ha convertido en lugar turístico, y que el acontecimiento recibe el nombre de Festival de Todos los Santos. Cuando yo lo visité, hace cincuenta años, no era tan conocido, y Diego pasó la noche tomando apuntes, preguntando por la comida, anotando algunos rasgos de la artesanía popular... Así se afronta la muerte en México.

Al diablo también le va *remal* en México. Lo pintan de colorado, y tiene premio quien le quita el cuerno o el rabo.

Por eso, cuando nos morimos, es ridículo que lloren por nosotros. El espíritu mexicano juega con los muertos, y juega con la vida y la muerte. Más bien vamos a reírnos todos; cuando en las fiestas de Todos los Santos estamos rodeados de imágenes y caricaturas de la muerte, nos sentimos bien, muy bien. Es la vida mexicana, mi vida, y es también belleza. He visto figuras de calaveras formando una orquesta... Creo que fue en el museo de mi amiga Dolores Olmedo: allí estaban los esqueletos tocando sus instrumentos. ¡Un orquestón! Estaban así, con los ojos vueltos, porque estaban hasta la madre de bocados, bocados del cuete que traían.

La vida también es eso. La muerte una parte inexcusable de la vida, vivimos rodeados de muerte y hemos de afrontarla sin miedo, con valentía. Así lo siento. Amo la vida, por eso no desespero ante lo que inevitablemente ha de ocurrir y no me molesta ni me enoja hablar de ellos. ¿Para qué me voy a hacer la tonta? Jugar con la vida es una forma de olvidar el dolor. El dolor pasado, el dolor presente y el dolor futuro probablemente también.

Y sí: me gusta la vida. Soy muy vital. Soy fuerte y me gusta ser alegre, aunque disfrute con la dulce tristeza de las canciones, de la melancolía o los recuerdos. He vivido y viviría chacoteando con las cosas. Porque tengo un espíritu risueño. Soy, como muchos amigos míos, un cómico de la vida. La vida es cómica, ¿no les parece? Y deseo vivir la vida como siempre; disfrutándola y apurando todos los vasos. Cada rincón del mundo he visto, cada pliegue del alma de los hombres he visto, cada mirada de las mujeres he visto. He conocido mucho y he visitado todos los corazones allí donde me han abierto las puertas.